

puede ser necesario para fundar una práctica, pero no le absorbe; pero el objetivismo moral puede crear esa confusión. Los mantenedores exclusivos de la ciencia de las costumbres tienden, aunque negándolo y quizá sin darse cuenta de ello, a eliminar la conciencia pretendiendo ilustrarla. El acto no es más que un hecho como los otros; su aspecto subjetivo no merece apreciación; su relación con la voluntad es ilusoria; su aspecto objetivo es lo único que les interesa. So pretexto de explicar la moral, se la suprime, porque se halla contenida en lo que se separa, en el drama interior de la conciencia que obra, en el «hacer» y no en el «hecho». Si la ciencia establece y analiza hechos, la moral determina valores, fines y métodos. La una hace constar, en una realidad dada, relaciones de causalidad, de hecho a hecho; la otra, en vista de una realidad que ha de producirse, plantea relaciones de finalidad, de hecho a voluntad, o más bien, de voluntad a hecho. La una dice: «Esto es»; la otra: «Haz esto».

De donde se infiere: que la moral es distinta de la ciencia de las costum-

bres; reposa sobre la conciencia y las ideas directivas de la conducta, y procede de la psicología individual y colectiva y de la filosofía. No sustituyamos un problema por otro. Frente al problema moral, no nos colocamos, como los sociólogos, frente a un dato, la naturaleza social. Investigamos los fines preferibles y no, como ellos, los fines que de hecho han sido preferidos. Su punto de vista es perfectamente legítimo, pero a condición de que no se le considere por lo que no puede ser, por un punto de vista moral. Es un punto de vista científico que ilustra la moral, que puede ser llamado a transformarla, pero que no difiere en nada del punto de vista del matemático, del naturalista. La moral se propone otro objeto, no el de la ciencia de las costumbres, sino el del arte de vivir, de la práctica de un ideal, de una *idea-fuerza*, cuyo poder propio, eficacia y valor no pueden ser desconocidos sin caer en el misticismo mesológico—en la superstición y el absolutismo del medio—, o a lo menos en el fatalismo.

PAUL GILLE

(Continuará)

Ayer, hoy, mañana

Supónganse ustedes que algún profesor futuro, cumplida ya una profunda evolución social de la humanidad, explique a sus discípulos cómo estaba organizada la sociedad en nuestras épocas, y que les diga, por ejemplo: «En aquella época, nacían dos hombres: los dos se parecían, los dos tenían racionalidad, dos brazos, dos piernas, actitud bípeda, los mismos lóbulos en el cerebro, las mismas cavidades en el corazón; y uno, cuando nacía, recibía su vida asegurada: tenía dinero, a consecuencia de lo cual no tenía necesidad de trabajar, y evitaba una inmensa cantidad de penas; en tanto que el otro, que era completamente igual, no sólo sufría toda clase de penalidades y trabajos, sino que ni

siquiera tenía derecho a habitar en el planeta en que había nacido; si él, por ejemplo, iba a dormir en un pedazo de tierra, aparecía otro hombre que era propietario de ese pedazo de tierra, y lo expulsaba; y si iba a dormir en otro pedazo de tierra que era público, entonces lo encerraban porque era «vago». Ustedes mismos, si se hubieran anestesiado y despertaran en aquella época, aun con el corazón como lo tienen, ¿no sentirían esto como un horror tan grande como los horrores de la antigüedad? Supongamos que en una época futura se explique lo que era la vida sexual en la nuestra: la cantidad de hipocresía, de crímenes, de horrores, de crueldades, de injusticias que en ella estaba envuelta. Su-